

4.3 EL SACERDOTE Y EL TORTURADO.

AUTOR: HUGO EDUARDO DIAZ FUENTEALBA
<https://hugoeduardodiaz-letrasysentimientos.cl>
<https://hugoeduardodiaz.cl>

**NOTA: Esta narración es parte del cuento " El Hombre de la Mediagua",
que se ubica en el Capítulo N° 12 de mi libro**

" Manifiesto Irreverente y Otros Relatos.Cuentos".

**Inscripcion en el R.P.I. con el N° 144.191, de Santiago de Chile, I.S.B.N
N° 956-299-497-2**

Los rayos del sol dibujaban en la pared el grueso enrejado de hierro de la única y minúscula ventanilla por donde ingresaba la brisa fresca y libertaria del mar hacia la celda donde dos hombres, sentados en el suelo y apoyando sus espaldas en la muralla, estaban borrando sus diferencias políticas ideológicas en una casi bizantina discusión.

Los rostros de esos prisioneros era una perfecta imagen de desnutrición y sufrimiento, seguramente un tesoro artístico para un pintor o un famoso fotógrafo, sin embargo, ahí estaban sumido en un ardiente debate intelectual, pero cuidándose de no subir demasiado el volumen de sus voces, de tal forma de evitar que los guardias militares escucharan el vedado temita que estaban dilucidando.

Durante el silencio producido por los cortos segundo de concentración mental de los dialécticos reclusos, las paredes escuchaban la sonora risa de las hambrientas tripas de esos sesudos chilenos de la política.

**__” ¡ La iglesia católica! ...¡No me hagas reír!... ¡La iglesia católica va a terminar con la explotación!... ¡El día del cuete!”.
Afirmaba uno de ellos y le respondía el otro:**

_” ¡Dios es grande y justo!...Él sabe lo que hace...Estoy convencido que tú eres uno de los responsables de todo lo que nos está pasando... con eso de “ El pueblo unido, jamás será

vencido” y otras consignas que embrujaron a la gente ingenua, sobre todo ignorante. Dios ha hecho el mundo así, con pobres y ricos... ¡Y siempre esto será así!.... Eso de “el pueblo unido”... ¿Cuándo!?. ...¡ Es una quimera!.... Y ¿Vencer!?...¡El día del níspero!”. No pudo continuar, al ser bruscamente interrumpido por su molesto interlocutor:

-“¡ Ustedes!...¡Ustedes eran los que desfilaban en las concentraciones con la cruz en un hombro y en la otra con un fusil de madera!... ¿O me vas a decir que no?...¡Ah!...¡Ustedes eran los que gritaban!... “ ¡Hay pollo huevón, hay carne huevón!, ...¡ Qué chucha es lo que quieren, huevón!”...¡ Y la otra, esa de “¡Avanzar, sin transar!”...¡Y la más extremista!..Ésa “¡ Crear Poder Popular”...¡Crear Poder Popular!... En cambio, nosotros, tranquilos..., ¡Claro que creando y gritando consignas, pero no insultando ni llamando a la violencia, como ustedes...¿¡ Y, ahora!?...¡Aquí estamos!...¡¡Todos cagados!! ... ¡Menos mal que alcanzaste a quitarte la barba..O si no a esta hora....”.

- Y ustedes, que no son ni chicha ni “ limoná”, que admiran al Che Guevara, pero que en el fondo son como las jaivas, que una vez cocidas son rojas por fuera, pero blancas por dentro.. ¡No me hagai reir...Ja...Ja...Ja...¿¡Ustedes!?...¿¡Revolucionarios marxistas!?...¡ A otro con ese cuento!!...”.

En la otra esquina de la celda, otro detenido, de aspecto de betarraga por las hematomas que mostraba su cara y brazos, escuchaba los diálogos de sus compañeros de infortunio, tratando en vano de dormitar, a pesar de la acalorada discusión que estaba obligado a presenciar. De vez en cuando vencía la resistencia de sus párpados que luchaban por cerrarse y miraba con desgano a esos dos fanatizados contendientes políticos, pero que por alguna razón los dos estaban encerrados por ser sospechosos de ser contrarios al gobierno militar recientemente alzado contra el presidente constitucional y sus seguidores.

En otro lugar de la celda, otro cautivo, con cara y boca hinchada y sanguinolenta, observaba con atención las defensas y ataques verbales de ambos compañeros de celda.

De presencia humilde el pobre hombre trataba de comprender porqué sus compañeros estaban tan enojados el uno con el otro, ya que él solamente sabía que el presidente que había sido derrocado por los militares y que había preferido suicidarse en el Palacio Presidencial antes de entregarse a los militares alzados, era un amigo de los pobres y enemigo de los ricos y que por ser solamente simpatizante de su presidente lo había tomado prisionero una patrulla militar por estar gritando: “ ¡ El pueblo unido, jamás será vencido! ”. El, que se sabía todas las consignas de la lucha contra los explotadores; que de su bolsillo, de su escuálido salario, adquiría pintura y género para confeccionar personalmente las pancartas y afiches que lucía orgulloso en las concentraciones y marchas populares, estaba convencido que el pueblo estaba unido en la contienda contra los patrones sinvergüenzas y , ahora, ahí estaba presenciando esa disputa de esos dos compañeros, olvidándose éstos de lo que decía siempre el presidente: “ Hay que hacer la unidad del pueblo, unidos venceremos ”.

El pobre hombre, estaba confundido y terminó convenciéndose que él realmente ignoraba muchas cosas y decidió en ese momento que saliendo de la prisión leería todos los textos que leían sus compañeros y así poder comprender mejor el asunto político.

Lentamente por la ventanilla abarrotada el sol dejó de brillar y la celda quedó en penumbra. La brisa fragante a algas marinas se estaba tornando helada y el frío inició su proceso de castigo en esos cuerpos faltos de calorías, logrando el hambre por fin aplacar los ánimos de los enconados dialogantes.

Cada uno se acurrucó para poder dormir, aunque fuera algunas horas, todos en inquietante espera de las próximas preguntas sobre los depósitos de explosivos, de armamentos, los

nombres de los miembros y cabecillas del supuesto plan “Z”, existente éste solamente en la mente de los masacradores, para justificar sus odios y según ellos creado por el pueblo para eliminar a la cúpula de las fuerzas armadas, tomarse el poder político e implantar la dictadura del proletariado.

El hombre no podía conciliar el sueño no tanto por los dolores de sus moretones y heridas, sino por la pena que le había causado el comprobar cuan lejos estaban de lograr unir a todos los pobres en un frente común contra los dueños de todos los poderes opresores y causantes de todas las humillaciones y miserias del ser humano. Pensaba que esa era una tarea ardua, larga, paciente, perseverante, que se extendería por muchísimos años, quizás mucho más tiempo que el que se demoró el catolicismo en embaucar a casi todo el planeta.

Sin poder evitarlo, su mente vagó en sus archivos recónditos, como una entretención pasajera, quizás para soportar su tormento y para robustecer su firmeza y dignidad cuando en cualquier momento durante el interrogatorio fuera nuevamente puesta a prueba su resistencia al dolor físico.

Velozmente su cerebro analizó sus conocimientos, sus verdades y le reafirmó sus convicciones, instándolo a no doblegarse cuando llegara el momento del vía crucis que lo esperaba. Dispuesto a todo, como los ingenuos primeros cristianos, con su razón en ristre, se dispuso a vencer el humano temor al sufrimiento que le causarían los torturadores, discípulos de la inquisición. Sumido en estos pensamientos, su cuerpo fue cayendo en un sopor tranquilizante, tibio y placentero, casi goce reflejado en su rostro que, aunque maltrecho, impactaba por irradiar una paz luminosa.

Estaba todo oscuro, todo era negro, solamente escuchaba lejanamente voces que emitían preguntas y más preguntas.

Una voz zalamera y paternal le ordenó:

-“¡ Hijo mío, reza el Padre Nuestro!”.

Silencio.

El pobre hombre hacía muchos años, desde que era niño que no rezaba. El tiempo y el resentimiento habían borrado de su memoria estos poemas considerados sagrados.

La voz mimosa latigó de nuevo:

-“ A ver, hijo mío... Has olvidado el Padre Nuestro....Nuestro señor te va a castigar por este olvido.... Veamos...Probemos con el Ave María... Vamos...Reza el Ave María...”.

Nuevamente el silencio. No hubo respuesta del flagelado.

El hombre, con su cuerpo cubierto por grandes moretones, no sintiendo, solamente escuchando esa voz querendona, casi de un buen abuelito, con su mente casi perturbada, no lograba comprender dónde estaba, sin siquiera poder distinguir si estaba despierto o soñando, esforzándose por entender qué decían esas voces que le llegaban a sus oídos, cuando es impactado por los rayos de una potente luz dañándole los ojos. Sus pupilas, sin la venda negra que le negaban la luz, ahora estaban lentamente captando el entorno, cuando un chorro de agua helada cae sobre el rostro del hombre.

Quiso incorporarse, pero no pudo. Quiso mover sus brazos, pero tampoco pudo. Trató de mover sus piernas, vano intento. Con su vista recorrió el lugar y buscó afanosamente el lugar desde donde provenían las preguntas. Poco a poco el perfil percibido se fue aclarando, haciéndose cada vez más nítido. Inicialmente, era una sombra negra, similar a un buitre o, talvez, a un cóndor, la sagrada ave de rapiña del ejército y similares, pero cuán grande fue su estupor cuando a su cerebro llega la silueta fantasmagórica y siniestra para él de un sacerdote, vestido con el ropaje de rutina, de trabajo, de luto entero y no con el

multicolor y elegante traje dominguero, pleno de encajes y orlas doradas.

El hombre de negro, como todo guardián de todo poder, sabía su oficio. Usaba preliminarmente el sermón irónico amenazador; luego ofrecía el premio y el castigo, celestial y divino primero para continuar con premios y castigos concretos y terrenales.

El hombre de negro, habiendo descubierto que el ser humano que yacía desnudo y sujeto a la mesa de los rebeldes e impíos, hacía mucho tiempo que se había alejado de la senda de Jesucristo, estaba frente a una gran oportunidad de poner en práctica todos sus conocimientos adquiridos en textos antiguos sobre cómo averiguar e inquirir hasta qué punto un ser humano ha ofendido las enseñanzas de Jesucristo y su divinidad.

Una vez diseñado mentalmente el plan táctico se dispuso ponerlo en práctica.

- “¡ Jesucristo está contigo, buen hombre!.. ¡ No temas, Él te está mirando!. Confía en mí, que yo soy sus ojos...¡ Por mí Él te ve!”.

Diciendo esto el cura de negro procedió a desatarlo y a calmarlo con palabras de sosiego y tranquilidad.

Pronto el hombre moreteado, ahora cubriendo sus intimidades con una frazada, sentado en una silla, sorbía una reconfortante taza de café en compañía del representante de Jesucristo.

El hombre de la mediagua, confundiendo la estratagema del sacerdote como la antesala de su última confesión antes de irse al infierno, firme en sus convicciones, no obstante su debilidad y lastimosa situación, decidió en lo más profundo de su ser resistir hasta sucumbir y mentalmente se preparó para el combate con el cura y después con los verdugos uniformados.

El cura al parecer estaba equivocado al pensar que la sala de tortura era un cómodo salón para dialogar sobre la vida y sus

miserias y goces, pues sentado, con su rostro rosado y saludable, casi risueño, comenzó su inquisidor trabajo de auscultación psicológica del prisionero pueblerino.

“¿ A si que no sabes rezar, buen hombre?..”. Preguntó suavemente el hombre de Dios.

-“ No... Olvidé hace muchos años lo que aprendí en la escuela,... Cuando era un niño y creía y temía a Jesucristo y a todos sus santos”.

-“¿ Acaso ya no crees en Nuestro Señor Jesucristo?..”.

-“ No sé si puedo confiar en usted... Todos ustedes son personas cultas, han vivido toda su vida sin trabajar y se han dedicado desde siempre a estudiar... Ustedes han sido siempre los dueños de la cultura, son creadores de mitos, temores, castigos y premios, que la gente por su ignorancia cree y los sigue ...No sé si por miedo a las leyes represivas, terrenales, o a el temor al castigo divino, también inventado por ustedes. “.

-“Continúa, hijo mío... Balbuceo el cura...Desahoga tu corazón, que Dios está contigo y comprende ...Tú eres obra de Nuestro señor Jesucristo...Continúa, por favor...Te escucho...No temas...Dios es todo poderoso”.

El hombre de la mediagua, por primera en su vida tenía la oportunidad de hablar todo lo que pensaba a un ser humano que presuntuosamente se decía ser representante de Dios en la tierra y que según lo que habían logrado en 2000 años eran ahora los más poderosos de la tierra, inmunes a casi todas las desgracias que asolan al resto de los humanos; venerados, respetados, privilegiados, obedecidos.

Iba a morir, lo sabía, pero por fin le diría en su cara a este señor vestido de negro, a la usanza árabe de hace dos milenios, igual

como la vestimenta de las monjas, las ingenuas señoras y esposas de Jesucristo, todo lo que pensaba de ellos y de la tenebrosa y negra historia de su institución.

-“¿ Le puedo preguntar su nombre?... Se atrevió a preguntar el hombre de la mediagua.

-“ Claro, hijo mío... Puedes preguntarme lo que quieras...Estoy aquí para ayudarte en tus zozobras y temores... Confía en mí... Dios me está dando esta oportunidad de redimir a una oveja descarriada... Creo que Él me está guiando en esta conversación contigo, hijo mío... Continúa...Tranquiliza tu corazón y tu alma ... Me llamo padre Pablo...”. Terminó respondiendo quedamente el sacerdote.

-“ Mire, Don Pablo... Usted seguramente sabe toda la historia de este país, de América y del mundo... Sabe filosofía, historia, sociología, sicología, en fin usted es una persona que nosotros llamamos culta y docta... Y creo que usted lo es...¿ Es cierto? ¿Verdad no?”.

El cura movió la cabeza asintiendo y agregando:

-“ Es cierto... He estudiado mucho... Es parte de nuestra formación religiosa...Pero personalmente lo que tú me puedes decir es probable que no esté en los libros... Tú me puedes enseñar... A comprender mejor las enseñanzas de Jesucristo... De sus sufrimientos en la cruz... Sus razones... Su rebeldía...Yo no sé lo que es un padecimiento...Jamás he sentido hambre lacerante ... La vida me ha tratado muy bien...Pero, a pesar de mis estudios, no logro comprender el porqué existen hombres como tú ...Renegadores del Señor...Mentalmente violentos y por eso peligrosos para la supervivencia de nuestra iglesia”.

-“ Usted, por lo que me está diciendo ha leído libros equivocados...Lea la historia verdadera de su institución y se dará cuenta que hace mil setecientos años que las enseñanzas de Cristo han sido desviadas por los que se adueñaron

cupularmente del poder católico, con el emperador romano y sus nobles a la cabeza... Para mantenerse en el poder no han dudado en acudir a los más crueles métodos represivos durante siglos. ¿ O me va a decir que nada sabe de la famosa Inquisición?...Y ahora, al término del siglo veinte, los más fieros explotadores y ricos en consecuencia, dueños del poder económico, del poder político, del poder militar, del poder de la prensa, del poder de la justicia, creadores de leyes en su beneficio y en perjuicio de la gran mayoría, con la bendición de ustedes, como poder religioso, funcionan todos armoniosamente como vasos comunicantes, para protegerse y perpetuar la famosa cultura llamada occidental y denominada engañosamente democrática. ¿Y ustedes se dicen representantes de Dios en la tierra?...¿ No es acaso ese concepto de dios una creación de la razón humana, de los que han siempre dominado?...¿ Cómo puede existir un dios tan perverso y anti humano, provocador de guerras entre los humanos, causante de millones y millones de personas que sufren humillaciones, persecuciones y torturas. Se sabe que las religiones, inventadas todas, jamás ha servido para beneficiar a los seres humanos, al contrario solamente han causado dolor. No hay hecho más lamentable y terrible que las llamadas guerras religiosas, donde se pone, en teoría, el poder de cada dios en litigio. .. ¿Cree usted, acaso, que hay dioses que van a la guerra? ...¿ O que hay dioses buenos y dioses malos?... ¿ Pobre gente, que cree en estas cosas?... Diría Jesucristo se estuviera vivo.”.

El hombre de la mediagua, hizo una pausa en espera de alguna respuesta u opinión del sacerdote que escuchaba atentamente lo que exponía el prisionero, ahora, por su franqueza, prácticamente en capilla.

-“ Dios te está escuchando, hijo mío... No soy yo el que te va a juzgar, sino que será Él.
Continúa, por favor... Porque...¿ Aún no has terminado? ..Creo yo...”.

Se limitó a responder el cura.

-“ No sé qué es lo que pretende usted con hacerme hablar tanto... Sé lo que me espera... Luego vendrán los torturadores laicos uniformados y me tildarán ya no de blasfemo ni de renegado de Dios, sino que de traidor a la Patria, a la bandera, etc... No creo que nada lo que yo diga a usted lo impresione...Ustedes están acostumbrados a estas situaciones límites... Siglos de experiencia en estas lides ...Ustedes son maestros en manipular los sentimientos humanos...Tienen universidades centenarias desde donde predicán sus engaños; han sembrado cada dos cuabras parroquias en cada pueblo y ciudad del mundo; iglesias y catedrales, éstas verdaderos palacios, verdaderas ofensas a la miserable gente, y desde donde espían la conciencia de cada uno de sus habitantes, mediante el bautizo, la comunión, el casamiento, la confesión, la penitencia, la extramaución y las persiguen hasta el cementerio con un bosque de cruces. .. Y ustedes, entes sin nacionalidad, que obedecen al emperador cristiano llamado Papa, el enlace que Dios tiene en la tierra , según ustedes pregonan, no tienen derecho a hablar en nombre de la Patria, pues vuestra Patria está en el cielo, junto al dios que ustedes han creado.”.

-“ Yo también voy a confiar en ti... No estoy en tu situación...Pero, lamentablemente yo creo en Jesucristo...Tengo fe en ese Dios...Mi razón a veces me indica que no puede ser... Creer cosas tan evidentemente falsas es una ofensa a la inteligencia... Pero no puedo dejar de creer en Él... No sé si seré idiota...Pero aquí estoy cumpliendo órdenes de mi Obispo. Todo lo que tú has dicho es cierto...Cuando pienso en estas cosas mi mente me tortura muchísimo más de lo que tú crees...Pienso que aunque todo sea un embuste, la gente necesita un ente en qué creer... Pero también es necesario desplazar a quienes han hecho el mundo tal como es ...Creo que está llegando la hora de renovar y volver a los predicamentos de Cristo como hombre y líder de los oprimidos... Creo que esa es la lucha que está comenzando en el mundo... Enarbolar a Jesús no como un ser divino e hijo de dios sino como un ejemplo de actitud revolucionaria y transformación de esta injusta sociedad que

se ha creado justamente al amparo de Jesús... Ahora debo despedirme...Rezaré por ti.

Aunque no lo creas, rezar hace bien...Te tratarán mejor esos hombres que vendrán luego a interrogarte si te escuchan rezar... Porque aunque sean verdaderos verdugos, ellos son creyentes... Es el resultado de nuestro perseverante trabajo de diecisiete siglos... Que mi Dios te bendiga...”.

Eran los primeros días de la acción militar planificada contra el pueblo de Chile. Las furibundas declaraciones de la Junta Militar afirmaban que el país estaba en calma, pero que se seguía ejecutando operaciones de limpieza en las poblaciones y sectores donde aún había subversivos que atentaban contra la seguridad y tranquilidad de la Patria.

Las comunicaciones oficiales del gobierno golpista amenazaban reiteradamente que regía el estado de guerra y que por lo tanto toda persona que fuera sospechosa de actitudes rebeldes se les aplicaría el Código de Justicia Militar en situación de guerra.

Las poderosas fuerzas armadas del país, desplegando todo su potencial bélico habían logrado atemorizar en solamente un día a la población indefensa y se transformaron en dueños absolutos del país, conjuntamente con sus cómplices civiles nacionales y extranjeros.

Las mujeres y deudos de los muertos caídos en la represión militar recorrían los cuarteles, comisarías de carabineros, morgues, iglesias, buscando información sobre sus parientes apresados, desaparecidos o fusilados.

Las mujeres confiando en su femineidad, que de alguna manera aplacaba la furia de la soldadesca, se atrevían a exigir en los recintos militares información sobre sus familiares detenidos o asesinados, pero todos los esfuerzos eran vanos. No era posible traspasar la barrera de soldados que en tenida de combate, tipo comandos, con fusil ametralladora apuntando,

custodiaban los cuarteles militares y lugares donde presumiblemente se encontraban hombres y mujeres detenidos.

Mientras tanto, el país convertido en un solo grito de desesperación soportaba el impacto de inhumanidad que impunemente y en aras de la Patria, según afirmaban los señores defensores de la soberanía nacional, estaban realizando en las poblaciones marginales del territorio.

Consuelo, la mujer del hombre de la mediagua, y sus compañeras de la población caminaban por la ruta que las llevaría hacia la tenebrosa guarida de los temibles “boinas negras” del ejército, ubicada ésta en el fondo de una quebrada y rodeada de cerros.

-“Pueda ser que podamos hablar con alguien que nos informe algo...¿Eran tres camiones que salieron de la población cargados con hombres detenidos y con los cuerpos de los hombres ejecutados?...¿No es cierto?...”.

Habló y preguntó Consuelo al grupo de mujeres, después de un largo rato de caminar en silencio, pensativa y soportando, sudorosa, el calor de ese día de mediado de septiembre de 1973.

-“Sí... Eran tres o cuatro...Pero quizás para donde los llevaron...Porque al Estadio Nacional... No creo... Me tinca que a los muertos los enterraron en la ladera de alguno de estos cerros...”. Terminó sollozando Ana, una de las viudas desde hacía algunos días.

Agobiadas de tanto caminar y con sus penas al hombro, las mujeres, a pesar de sus lastimosas presencias, eran objeto de las groseras exclamaciones lisonjeras de los hombres uniformados movilizados en camiones blindados de las fuerzas armadas, que iban y venían con sus cargas humanas por la carretera.

Después de varias horas de fatigoso andar, las mujeres divisaron los primeros indicios de la cercanía del recinto castrense. El

camino franqueado por cercas de alambres de púas, carros brindados y soldados impedía el paso hacia el interior de la quebrada.

Al llegar a una garita de centinela pronto por un alto parlante una voz marcial y cortante anunció:

“Las personas que se encuentran en el exterior deberán abandonar el lugar inmediatamente, de lo contrario serán tratadas como subversivas y detenidas.

Las informaciones sobre detenidos serán entregadas en el Cuartel General en la hora y día que se publicara en la prensa. Se les da un plazo de diez minutos para que despejen el lugar y retornen a la ciudad. Este es el último aviso.”.

Un joven centinela, probablemente recluta, mostrando una visible palidez al contemplar a ese grupo de mujeres que se estaban exponiendo a ser mal tratadas y quizás con qué consecuencias, dirigiéndose a Consuelo le habló en términos conciliadores:

-“ Señora...Por favor...Retírense de aquí...Por favor...Si no lo hacen... Mi capitán va ordenar que salgan los comandos a dispersarlas y ellos son implacables con la gente...”.

-“ ¡ De aquí no nos moveremos hasta que nos den informaciones sobre nuestros maridos... estamos segura que ellos se encuentran aquí!...”.

Gritó Consuelo tratando que su voz fuera escuchada desde el interior.

-“ ¡De aquí no nos moveremos!...¡De aquí no nos moveremos!...¡No nos moveremos!...”. Corearon todas, indignadas y encolerizadas por las amenazas que seguía emitiendo el portavoz.

De improviso una decena de fornidos guerreros, con sus rostros pintarrajeados, equipados para una batalla, con sus fusiles portátiles apuntando hacia el conjunto de mujeres, iniciaron la tarea de despeje. Los empujones, golpes, puntapiés y groserías vencieron a las pobres mujeres chilenas que pronto se convirtieron en una tropa vencida y de harapienta y penosa presencia .

Caminando de vuelta hacia sus hogares, llorosas y quejumbrosas, con visibles hematomas, desgredadas y algunas cojeando, fueron avistadas por un campesino del lugar que ajeno a esta odisea conducía su carretela tirada por dos caballos. El hombre detuvo su carruaje frente a esta patrulla femenina y sin siquiera preguntar que les había pasado, por considerar obvio lo sucedido, les ofreció bondadosamente transportarlas hacia la ciudad.

-“ ¡Vieran ustedes, señoras, cómo toilita la gente de por acá está reasustá con estos milicos!... Parece que tienen miedo los jodíos éstos... Porque están haciendo hoyos como locos... Por todas partes nosotros los veimos como cavan y cavan ... Y son harto maricones... ¡Aónde se ha visto pegarles a las mujeres!... ¡Dios me salve!...¡Ave María Purísima!...” Terminó su comentario el hombre de la carretela.

Había transcurrido algunos años desde cuando las fuerzas armadas, obedeciendo el clamor de la clase dominante y fieles como siempre, no dudaron en utilizar su poderío para lanzar sus tropas contra el pueblo indefenso. Ahora no estaba permitida la oposición a sus decisiones. Los disconformes eran perseguidos, apresados, torturados, asesinados y sus cuerpos escondidos; otros, enviados a campos de concentración, sometidos a consejos de guerra y fusilados, todo aplicando las leyes a su arbitrio.

Con esta represión ya institucionalizada, aplicada por los servicios estatales, hábilmente subterránea y secreta, logró que la gran mayoría de la población ignorara lo que estaba sucediendo y continuara su vida normal, pero absteniéndose de opinar sobre el gobierno militar.

Los afectados directamente y sus familiares con las acciones de las fuerzas estatales represivas, unos pocos simpatizantes del gobierno derrocado, eran los que arriesgaban su vida buscando y averiguando el destino de sus seres queridos detenidos y desaparecidos. El país convertido en una gran cárcel nacional, con estado de sitio permanente y vigilancia policial y militar, estaba sumido en el terror, desafiado solamente por unos cuantos chilenos y chilenas, que se negaron a inclinar la cabeza a sus enemigos.

La primera huída ante la hecatombe de los que tuvieron la suerte de poseer los recursos y contactos para asilarse en el exterior desde lejos publicaban sus poemas dramáticos y denunciantes; sus canciones estimuladoras a la lucha; sus retóricos discursos y sus valerosas consignas, mientras aquí, los ignorados de siempre, los que nunca serán entrevistados, se exponían y sufrían como verdaderos patriotas que aman a su gente, a sus vecinos, que conforman, en definitiva, la verdadera Patria.

El romántico idealismo patriótico, casi siempre inestable y cambiante, hinchaba el pecho de la afortunada clase exiliada, no exenta a veces de descarado oportunismo, quienes lucían sus presencias de luchadores por la libertad en salones del mundo entero. Y los ignorados de siempre, los de aquí o de allá, seguían exponiendo su pecho, su vida, su familia, su futuro, todo, persiguiendo con la razón fría el afán de un mundo mejor.

El grupo de Ana, Consuelo y Soledad, mujeres de este país con sus esposos desaparecidos, el tiempo las había hecho crecer. Sus ojos ya no derramaban lágrimas, ya no lloraban, se habían protegido con la gran coraza de la razón y de la firmeza que

entrega el conocimiento de los principios que aprendían de los hombres honestos seguidores de la filosofía guiadora hacia el fin de la explotación del ser humano.

Un día una de ella no llegó a la reunión concertada. La buscaron por todos los lugares y partes, con toda la pericia y experiencia adquirida durante años en la búsqueda de sus esposos y de sus compañeros detenidos, pero no tuvieron éxito. Soledad, la viuda del taxista, había sido víctima también de la campaña del terror estatal.

En uno de los últimas intervenciones de Ana, con su tez ya arrugada, en una concentración política, en una de sus partes, ella la incansable, junto a su compañera Consuelo, ella expresaba:

“ La prensa, la televisión, las emisoras de radio, los medios de comunicación en general estaba en manos de la clase dominante, patronos de las fuerzas armadas. El poder judicial inoperante, sumiso y cómplice de las violaciones de los derechos humanos, se declaraba descaradamente incompetente, todo expresado en retóricas apreciaciones sobre la moral y las leyes.”.

“Y el descontento fue creciendo hasta que solamente la mitad más uno de los sufragantes en la elección rechazó la continuación de la tiranía militar y llegó el día de la alegría para ese medio país que pedía poner fin al gobierno opresor. Ahora el país estaba dividido en dos partes casi iguales, irreconciliables en un principio y no en las tres porciones tradicionales.

Poco a poco volvieron los personajes exiliados principales de sus estadías en Estados Unidos, Europa y América Latina, algunos con pergaminos de doctorados en famosas universidades norteamericanas, casados con estadounidenses, hablando inglés y casi masticando chicle para ser nombrados embajadores, ministros, intendentes, directores de las grandes empresas estatales. Y la población chilena, ciega los eligió presidentes de la república, senadores, diputados, alcaldes, regidores, etc..”

“ La euforia inicial de la mitad de la población chilena hoy, después de treinta años, con ya los luchadores antiguos casi ancianos, está nuevamente siendo sutilmente presa de la injusticia y de la manipulación mental. Ahora , el gobierno en manos de los seudos ultra revolucionarios de antaño, marcha de la mano con el poderosos país y principal causante de la masacre de los años setenta unidos, casi todos unidos hipócritamente contra todo los principios por los cuales fue asesinada tanta gente. Los conjuntos musicales con sus melenas y poemas revolucionarios, que en sus primeros años emocionaban e instaban a la defensa y prosecución de la lucha, hoy muestran su faceta oportunista y casi traidora a ellos mismos y a todos los que lloraban al escucharlos. Cuánta traición escondida existe en tantas personalidades de entonces y que hoy lucen su faz sonriente, sus elegantes trajes y su buen pasar.

El colmo es de aquellas personas que siendo hijos de los más notables personalidades políticas de esos años, al escuchar los primeros balazos de los militares corrieron a asilarse a la embajada norteamericana, se casaron con un norteamericano y son festejados por este país. Otros artistas y músicos, que pregonan en sus canciones y poemas el amor al pueblo donde nacieron, no dudaron en contraer matrimonio con inglesas, alemanas, suizas, francesas, noruegas, suecas, etc., y hasta la fecha aún están pensando si algún día volverán al país que han traicionado.”.

“ Han transcurrido treinta años y siguen luchando y siguen siendo perseguidos los ignorados de siempre, pero ahora por los que en el atardecer de sus vidas han cambiado sus principios de juventud por una vida más sosegada, más holgada y con una fama que la historia destrozará, escrita por los discriminados de ahora, los jóvenes que observan y callan, nuestros hijos, nietos y bisnietos.”.

Autor:Hugo Eduardo Diaz Fuentealba-CHILE.